

CICATRICES 2

*Estamos
hechos
de gotas de
lluvia*

SARAY GARCÍA

SARAY GARCÍA

Título original: Estamos hechos de gotas de lluvia

Primera edición: mayo 2019

© 2019, Saray García

Diseño de portada: www.thefoxestudio.com

ISBN: 978-1983296826

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Contenido

[Lista de reproducción](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1 Gael](#)

[2 Ginebra](#)

[3 Gael](#)

[4 Ginebra](#)

[5 Gael](#)

[6 Ginebra](#)

[7 Gael](#)

[8 Ginebra](#)

[9 Gael](#)

[10 Ginebra](#)

[11 Gael](#)

[12 Ginebra](#)

[13 Gael](#)

[14 Ginebra](#)

[15 Gael](#)

[16 Ginebra](#)

[17 Gael](#)

[18 Ginebra](#)

[19 Gael](#)

[20 Ginebra](#)

[21 Gael](#)

[22 Ginebra](#)

[23 Gael](#)

[24 Ginebra](#)

[25 Gael](#)

[26 Ginebra](#)

[27 Gael](#)

[28 Ginebra](#)

[29 Gael](#)

[30 Ginebra](#)

[31 Gael](#)

[32 Ginebra](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Estamos hechos de gotas de lluvia tiene banda sonora. Si quieres disfrutar no solo de las canciones que se mencionan en el libro, sino también de las que se reproducían en mi cabeza inspirando escenas, solo necesitas seguir este enlace:

[Spotify: Estamos hechos de gotas de lluvia](#)

Lista de reproducción

Waves – Dean Lewis

Breathe Me – Sia

Si Jamais j'oublie – Zaz

Loco – La Sonrisa De Julia

Ama, ama, ama y ensancha el alma – Extremoduro

Pausa – IZAL

Supergirl – Anna Naklab

Contra las cuerdas – Sidecars feat Leiva

Fix you – Coldplay

Mariposas – Bely Basarte

Tú me llevas – Zahara

Ain't No Mountain High Enough – Marvin Gaye

Keeping Your Head Up – Birdy

Iris – The Goo Goo Dolls

Siempre me quedará – Bebe

Quiero que vuelvas – Funambulista

Comiéndote a besos – Rozalén

A mi hermano.

*Mi mundo nunca ha necesitado superhéroes,
siempre te he tenido a ti.*

Quiero ser un hombre
ante el que merezca la pena desnudarse,
no solo quitarse la ropa.

Carlos Miguel Cortés, *Intranerso*

Prólogo

Un año y medio antes

Camino sin rumbo, perdido, tal y como siento que va mi vida desde... ¡Maldita sea! Sigo sin poder siquiera pensarlo, mucho menos decirlo.

Mamá hace semanas que comenzó a trabajar de nuevo y, poco a poco, va retomando su rutina. Las clases, los cafés, los amigos... Las canciones que vuelven a sonar en casa, a pesar de hacerlo de una forma tan sutil que no sabes si son reales, casi como sus sonrisas.

Enzo... ha lidiado con ello a su manera. Trabajando o entrenando hasta extenuarse, aunque supiera de sobra que ningún agotamiento físico sería capaz de detener esa cabeza suya que funciona siempre a demasiadas revoluciones. Hasta se colgó un saco de boxeo en el salón para atizarle cuando no tuviera disponible la cara de Coop. No sé si llegó a funcionar o es solo que, tal y como me he hartado de escuchar, y aunque yo parezca ser inmune a ello, el tiempo lo cura todo. Imagino que tener a su chica, Paula, y al pequeño Samuel a su lado también ha ayudado a ir superándolo.

Joder, qué utópico suena eso de «ir superándolo» para mí, que parezco haberme quedado anclado en el tiempo,

en ese recuerdo que vuelve y me golpea sin tregua en cuanto cierro los ojos, impidiéndome dar un paso en cualquier dirección que implique avanzar. Voy a la universidad sin muchas ganas, no recuerdo la última vez que cogí la cámara de fotos y apenas veo a mis amigos. Lo que es peor, me siento incómodo con toda la gente que trata de ayudarme, comprenderme o simplemente apoyarme. Y es que no hay ayuda, comprensión o apoyo que vayan a devolverme a mi padre, a mi amigo, así que empiezo a estar harto de toda esa lástima cerca de mí.

Me enfado conmigo mismo por pensar así. Sé que lo que me ofrecen es algo muy diferente a la lástima, a la compasión, pero, de un tiempo a esta parte, algo dentro de mí bulle como un volcán preparado para entrar en erupción, y cada vez me cuesta más mantener la cabeza fría o pensar de una manera coherente. Es como si hubiera dos Gaeles bajo mi piel: el que por momentos va quedando más escondido tras un manto de emociones negativas que no logro controlar, y el que empezó a crecer dentro de mí el día que todo pasó, el que se alimenta de rabia y frustración, el que vive bajo una losa de culpabilidad que no lo deja respirar.

Sin darme cuenta me he adentrado en El Raval, y aunque no es peligroso de por sí estar aquí, no es el lugar más aconsejable del mundo para dar un paseo un viernes a la una de la madrugada.

Hace bastante frío, la humedad comienza a calarme los huesos y entumecerme las manos, así que alzo la vista buscando algún lugar en el que entrar en calor. Unos cuantos

metros más adelante, el cartel parpadeante de unos billares —o lo que queda de él— llama mi atención.

El local resulta ser un tugurio mal iluminado con unas cuantas mesas de billar que dejaron de estar en buenas condiciones a mediados de los noventa. La barra ocupa casi todo un lateral, y los taburetes —no mucho más modernos que las mesas de billar— parecen muy cotizados. Para completar la decadente estampa, ni el humo del tabaco flotando es capaz de camuflar un ambiente impregnado de trapicheo y bronca.

Mientras avanzo hacia la barra, noto todos los ojos puestos sobre mí. No puedo evitar mi gesto nervioso por excelencia: mover con los dientes el aro que llevo cerca de la comisura del labio. A pesar de eso, algo que debe de ir implícito en los genes que comparto con Enzo —porque el de la pinta de perdonavidas es él, aunque esa imagen diste mucho de la realidad de su carácter— me hace levantar la barbilla, erguirme y caminar decidido hasta el único taburete que veo libre.

—¿Qué te pongo?

El tono me ha parecido algo tenso o malhumorado, y en cuanto levanto la mirada, me encuentro con el típico careto de alguien que no debe sonreír demasiado a menudo.

—Lolo, a mí ponme una cerveza —dice una voz balbuceante a mi espalda—. En lo que tardo en largar al niño bonito de mi sitio ya me habré terminado esta.

El efecto de esas palabras hace que la gente se aparte de mi alrededor sin demasiado disimulo.

Sé que tengo dos opciones, levantarme y buscar otro sitio en el que sentarme para evitar problemas o, como hoy

estoy hastiado del mundo en general, ignorarlo. En realidad tengo una tercera, esa que el Gael que se alimenta de odio e ira se muere por que elija, pero mi parte cabal decide mantener mi culo hecho un lío sentado y tranquilo.

—Una cerveza, por favor.

Parece que lo digo con suficiente determinación, ya que el tal Lolo asiente y abre la cámara. A la vez, el tío a mi espalda me pone una mano en el hombro para tratar de girarme, pero, con todo el aplomo del mundo, me mantengo erguido y con la mirada al frente

—Oye, guapito. Creo que todavía no has entendido que ese sitio es mío.

Recojo mi botellín de la barra dándome la vuelta para verlo y, de paso, obligarlo a quitarme la mano de encima.

Juro que, por un segundo, me he girado dispuesto a cederle el asiento y evitarme rollos, pero en cuanto he visto su cara, esa parte que hace un instante he conseguido acallar ha comenzado a pelear por salir a la luz y controlar mi cuerpo con más fuerza que nunca.

Seguramente como consecuencia de mi pasión por la fotografía, soy una persona bastante observadora. El caso es que, casi sin darme cuenta, mis ojos exploran todo lo que me queda a la vista de una manera instintiva y minuciosa. Eso hace que esté seguro de que el tipo que tengo delante —una versión algo más joven de Mickey Rourke, pero igual de jodida— estaba sentado en una de las mesas del fondo cuando he entrado.

Por suerte o por desgracia, hoy no tengo paciencia para tragar con las gilipolleces de nadie.

—Si no me equivoco, tu sitio está allí.

Doy un trago a mi bebida, y termino señalando con ella hacia donde los dos tipos que lo acompañaban sonríen como si mi actitud acabase de alegrarles la noche.

No hace falta ser un lince para saber que el espectáculo que tanto desean está a punto de comenzar.

Gracias a las cervezas que me lleva de ventaja, no me cuesta demasiado esquivar su primer intento de golpear-me, pero en lugar de responder, me limito a ponerme en pie y quitarme la cazadora con tranquilidad, preparándome para el siguiente ataque.

—Maldito niñato —gruñe sujetándose al trozo de barra contra el que ha caído—. Te vas a enterar de lo que...

—Martín, ¿por qué no dejas al chaval? —propone el camarero con desgana.

Creo que el consejo poco tiene que ver con mi bienestar y mucho con el del local, pero mi nuevo amigo debería hacerle caso. Puede que no le falte razón y sea solo un chaval de apenas diecinueve años, pero estoy bastante seguro de poder tumbarlo, y eso que pesará unos treinta kilos más que yo.

—Creo que deberías escucharlo, Martín. —Mi sugerencia suena bastante chulesca, y me siento de puta madre en mi papel de cabrón arrogante, evitando de paso un segundo puñetazo—. A ver si al final te vas a hacer daño...

Me calma estar concentrado en impedir que me golpee. Me calma porque todo lo que estaba a punto de hacerme estallar la cabeza cuando caminaba por la calle ha desaparecido, y ese silencio es lo mejor que me ha pasado un muchísimo tiempo.

—¡Pelea! —exige alzando las manos en un intento de cubrirse la cara con los puños.

Sonríó con suficiencia analizando su postura.

—Deberías levantar más los codos —recomiendo apoyando los míos en la barra—, tal y como los tienes ahora, sería bastante fácil acertarte en plena nariz.

—¿Tú qué cojones te has creído?!

Se lanza a por mí, y esta vez sí tengo que esforzarme para librarme, así que termino la cerveza y la dejo sobre la barra antes de que acabe en el suelo.

—¿Que tengo bastante más idea que tú de cómo dar un puñetazo?

Supongo que lo de cabrear a un tío que quiere reventarte la cara no es muy inteligente, pero... me está sentando como Dios. Sus amigos permanecen estáticos, y es que solo hay algo peor que un chaval riéndose en tu cara mientras tratas de darle «una lección», y es que tengan que salir en tu defensa para poder con él, o eso es lo que me hace pensar la adrenalina.

—Veremos si sigues tan gallito cuando te deje la cara que no te va a reconocer ni tu papaíto.

Es solo una palabra, solo una frase estúpida. Es... suficiente para que duela más que un disparo en pleno corazón.

Empujo la puerta con cuidado para no hacer ruido, pero solo me hace falta poner un pie dentro para saber que mis padres están más que despiertos. La risa contenida de mamá apenas camufla el sonido apresurado de sus pies descalzos corriendo por el salón, y cuando estoy a punto de